

Fray Manuel de Tuya O.P.

EL FIN DE LA OBRA DE CRISTO ES LA SALVACION DE LOS HOMBRES. 3,16-18

Ante la «elevación» de Cristo en la cruz, como «antitipo» de la serpiente de bronce, del desierto, el evangelista ve en ello la obra suprema del amor del Padre por el «mundo». Este tiene dos sentidos en Jn. El «mundo» es la universalidad étnica contrapuesta a Israel (Jn 4,42; 6,33.51; 12,47); pero frecuentemente lleva un matiz pesimista: los hombres malos 1,10; 12,31; 16,11; I Jn 2,16; 4,4ss; 5,19).

Aquí, pues, el contraste está entre el «amor» (*egápesen*) profundo que el Padre demostró al mundo malo con la prueba suprema que le dio. Pues «entregó» a su Hijo unigénito. Este no sólo se «encarnó», no sólo fue «enviado», sino que lo dio, que en el contexto es: lo entregó a la muerte. Acaso este subyacente en Jn la tipología del sacrificio de Isaac.

Pero la muerte de este Hijo unigénito tiene una finalidad salvadora para ese «mundo» malo. Y es que todo el que «crea en El», que es en la teología yoannea valorarlo como el Hijo de Dios, pero entregándosele como a tal (Jn 6,26ss; 15,5), «tenga la vida eterna».

El evangelista resalta que el Padre no envió a su Hijo para que «condene» al mundo, sino para que este sea salvo por El. Este insistir pleonásticamente en forma antitética negativo-positiva (semitismo), en esta obra de no «condenación» del mundo por Cristo, mira a precisar esta obra ante las creencias divulgadas en aquel medio ambiente, según las cuales había un castigo previo a la venida del Mesías—los dolores mesiánicos—, y hasta se le hacía intervenir a El como ejecutor de los mismos en su obra. Ni va esto contra los poderes judiciales de Cristo, ya que, primordialmente, vino a salvar.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964, p. 1038-1039)